

“Villamorón existe” por Gonzalo Santonja.

Artículo publicado en la revista *Patrimonio* (Julio 2006)

de la Fundación del Patrimonio Histórico de Castilla y León.

Aprended flores de mí,
lo que va de ayer a hoy,
que ayer maravilla fui
y hoy sombra mía no soy.

Lope de Vega, *La moza del cántaro*

Perteneciente al antiguo alfoz de las Hormazas, después adscrito al arcedianato de Treviño y más tarde integrado en la merindad de Castrojeriz, aún existe Villamorón, barrio en la actualidad de Villegas, lugar cargado de historia. Mejor dicho, todavía resisten allí algunas casas, francamente pocas, sometidas a la constante oleada impune de los saqueos invernales, cuando se despiden del pueblo las cuatro o cinco familias que durante el verano le otorgan engañosos conatos de vida. Y también se mantiene en pie su iglesia, absolutamente espectacular, de Santiago Apóstol, tardorrománica o protogótica, erigida en la segunda mitad del XIII, emblema monumental de una fusión que de por sí rompe esquemas, un auténtico lujo en cualquier lugar del mundo. La comarca da entrada a Tierra de Campos, y hasta ella se llega en un periquete desde Burgos por la autovía “Camino de Santiago”, previo paso por Sasamón, cuyos vecinos celebran sus devociones en una parroquia con estirpe de catedral (iglesia de Santa María la Real) y cotidianamente recrean la vista con la fabulosa e inverosímil filigrana en piedra del Árbol de la Cruz del Humilladero.

Llevaba tiempo sin acercarme, resignado a recibir algún día la mala noticia del acabóse de la iglesia. Y esa fue la primera idea que se me vino a las mientes a comienzos de este año cuando al otro lado del teléfono escuché estas palabras: “¿Sabes

lo de Villamorón?” Saber, lo que se dice saber, estaba al tanto de que el templo fue declarado Bien de Interés Cultural a mediados de la década de los noventa del pasado siglo (siendo exacto, el 30 de junio de 1994), pero tampoco se me escapaba que ese reconocimiento, tan merecido, no actuó en calidad de *detente* frente al bloque de piedra de la bóveda, iluminado por muy coloridas pinturas barrocas, que hace unos meses se estrelló contra el suelo, repitiendo el aviso de aquella imagen de la fachada de la catedral burgalesa que en agosto de 1994 se precipitó al vacío desde cincuenta metros de altura al romperse, comida por el óxido, la grapa metálica de fijación al muro, punto de partida dicho suicidio de una restauración integral, episodio popularmente conocido como nuevo y bendito *milagro de San Lorenzo*. Calibrando la pésima impresión de la última visita, no barajaba augurios propicios al optimismo.

Además, también recordaba que dando al pueblo por extinguido las autoridades eclesiásticas de la diócesis dispusieron en los años setenta, a mi entender con acierto, el traslado de las mejores piezas artísticas de Santiago Apóstol al Museo del Retablo, emplazado en la iglesia gótica de San Esteban (Burgos), Monumento Nacional desde 1931, nutrida la correspondiente comitiva nazarena por las imágenes del retablo central, dedicado a San Joaquín y Santa Ana (siglo XVI), un magnífico Cristo románico y una cruz procesional de auténtica antología, cincelada a finales del siglo XVI por Lesmes Fernández del Moral, operación tal vez ejecutada con excesiva premura y escasas contemplaciones, entre discusiones acaloradas y con amagos de aspereza, dado que los últimos vecinos, condenados a la emigración, no andaban precisamente de buen humor. El traslado, sin duda tosco, resultaba inevitable. Lo contrario hubiese supuesto regalar esas piezas a filibusteros de la estirpe de Erick el Belga y a la canalla de los menuderos, los cuales, certificando tan fatales previsiones, no han dejado casa por reventar.

Los detalles de la crónica parda me los desgranó Faustino, el penúltimo pastor de la comarca, un lustro largo en Bilbao con Olarra y más de treinta al paso de las ovejas, acompañado por dos mastines, Leona y Tarzán, un pastoriego cojo, “me lo atropelló un coche”, y un burro como de cuento, que atiende por el nombre de Bardo y le sigue borreguilmente, sin apearse de sus pisadas.

-Esta casa y aquella, las únicas con regularidad abiertas, fueron destrozadas el pasado invierno; no libró nada, ni la ropa de cama; las despojaron del todo, son como lobos.

-¿De dónde es usted?

-De Villahoz, pero vivo en Villadiego, con los amos, velay, sin queja alguna – me advierte al ver que echo mano de la libreta.

Me temí lo peor, ya lo apunté. Por eso tardé algunos segundos en reaccionar: “¿Qué dices?” Sin embargo había escuchado bien, como poco después comprobé sobre el terreno: Santiago Apóstol, iglesia de tres naves con muros de sillería, capiteles interiores de policromía fascinante, bóvedas ojivales que al instante suscitan el recuerdo de las de Las Huelgas, torre de manifiesta función defensiva y robustos contrafuertes exteriores por fin amanecía rodeada de andamios. Sólo han transcurrido unos meses desde aquel aldabonazo venturoso, pero los resultados, aunque el proceso discurra con lentitud, ya saltan a la vista, restañadas las hondas grietas desmembradoras de las paredes, amenaza inminente de catástrofe irreparable, y apuntaladas la techumbre, quizás en las antevísperas del desmoronamiento total. Con fallos en la cimentación, horadada la estructura y presionando el tejado, Faustino auguraba el batacazo para bien pronto.

-Vamos, hombre, déjese de cavilaciones y ande con ojo, porque de seguido anochece y los lobos, los de cuatro patas, estarán al acecho. La semana pasada

me mataron tres ovejas, considere cómo será el asunto que los guardias me han autorizado a tirarles con la escopeta.

“Ayer maravilla fui”, pienso mientras me alejo, rememorando los versos de Lope de Vega del encabezamiento, “y hoy sombra mía no soy”. Afortunadamente ha resultado al revés. Cuando la sombra en puntas de aquel esplendor caminaba hacia el ocaso, el proceso de salvación ha invertido los términos, aunque haya sido casi in extremis. “Intervención de emergencia”, reza el cartel colocado a la entrada del conjunto, “inversión: 669.812,64 euros“, financiados por el Fondo Europeo de Desarrollo Regional, que de tamaña calado resultan las facturas del abandono. Emergencia real, bendita financiación.

“Iglesia espectacular”, escribí más arriba. Pues bien, quien visite Villamorón enseguida concederá que me he quedado muy corto en la ponderación. Como explicaba el filósofo José Luis López Aranguren, existen dos clases de entusiasmo: “uno iluso, de ida; otro lúcido, de vuelta”. Gastado el primero por esos devotos de la tontería que hasta hace no tanto tiempo identificaban el progreso con el sacrificio y la dilapidación del Patrimonio, a la vista de la actualidad esperanzadora del templo de Villamorón con seguridad me siento instalado en el entusiasmo de vuelta, aunque cautelosamente y con precaución, porque este primer y decisivo esfuerzo sin duda necesitará continuación. Ahora bien, se intervenía ahora o pintaban bastos. Pues ahí están los andamios. Han sido providenciales.